

—No hay mas que un inconveniente, y es que ya no me acuerdo de la letra.

—Yo la recuerdo.

Me levanté en seguida y apoyándome sobre el respaldo de su silla comencé á dictar los versos siguientes.

Vous me quittez pour marcher á la gloire;
Mon triste cœur suivra partout vos pas;
Allez, volez au temple de mémoire;
Suivez l'honneur, mais ne m'oubliez pas.

«Me abandonais para marchar á la gloria, mi triste corazón os seguirá por todas partes; id, volad al templo de la memoria, seguid el honor, empero no me olvideis.»

—Si, eso es, en efecto, dijo la reina con tristeza. Yo continué.

A vos devoirs comme á l'amour fidele,
Cherchez la gloire, évitez le trépás;
Dans les combas où l'honneur vous appelle.
Distinguez-vous, mais ne m'oubliez pas.

«Fiel á vuestros deberes lo mismo que al amor, buscad la gloria y evitad la muerte; distinguos en los combates á donde os llama el honor, empero no me olvideis.»

¡Que faire hélas! ¡dans mes peines cruelles
Je crains la paix autant que les combats:
Vous y verrez tant de beautes nouvelles,
Vos leur plairez!... mais ne m'oubliez pas.

Oui, vous plairez et vous vainerez sans cesser
Mars et l'Amour suivront partout vos pas;
De vos succès gardez la douce ivresse,
Soyez heureux, mais ne m'oubliez pas.

«¿Qué hacer ¡infeliz! en mis crueles penas? Temo la paz tanto como los combates: ¡vereis tantas nuevas bellezas! ¡las agradares!... empero no me olvideis.»

«Si, agradares y vencereis sin cesar: Marte y el amor seguirán por do quiera vuestros pasos, guardad la dulce embriaguez de vuestros triunfos, sed dichoso, empero no me olvideis.»

La reina pasó la mano por sus ojos para enjugar una lágrima.

—¿Qué triste recuerdo! la dije yo.

—¡Oh! si, muy triste! Sabeis que en 1808 empezaron á difundirse los rumores sobre el divorcio, rumores que traspasaron el corazón de mi madre viendo que el emperador iba á partir para Wagram; sobre esta partida pidió á Mr. de Segur que la hiciese una canción. Le presentó los versos que acabais de recitar, y mi madre me los dió para que yo los pusiese en música, y el día antes de la salida del emperador se los canté. ¡Pobre madre mía! me se figura aun que la estoy viendo siguiendo en la fisonomía de su esposo que me escuchaba meditabundo, la impresión que le causaba esta canción que tan adecuada era á la situación de entrambos.

El emperador escuchó hasta el fin, y cuando se estinguió el último eco del piano se dirigió hácia mi madre y la dijo:—Sois la criatura mejor que he conocido en el mundo; y besándola luego en la frente suspiró y se entró en su gabinete: mi madre derramó un torrente de lágrimas, porque desde entonces conoció que se hallaba condenada. Ahora ya concebireis el recuerdo que tiene para mi esa canción, y al recitármela acabais de tocar todas las cuerdas de mi corazón cual si fuese una clave.

—Mil perdones: ¿cómo no he adivinado esto? Ya no os pido mas...

—Si tal, dijo la reina volviéndose á colocar al piano, si tal. Sobre esa desgracia han venido á pasar tantas otras que es una de las que recuerdo con mas dulzura; porque el emperador amó siempre á mi madre, aunque separado de ella.

Dejó correr sus dedos sobre el piano, hizo oír un melancólico preludio, y cantó en seguida con toda su alma y con el mismo acento como debía cantar delante de Napoleon.

Dudo que jamás hombre alguno haya sentido lo que yo espermenté aquella noche.

UN PASEO EN EL PARQUE DE ARENEMBERG.

Madama la duquesa de Saint-Leu me habia convidado á desayunarme con ella el día siguiente á las diez; pero como yo habia pasado parte de la noche escribiendo mis notas, llegué algunos minutos mas tarde de la hora indicada. Iba á disculparme con la duquesa por haberla hecho esperar, lo que era mas imperdonable no siendo ya reina; pero me tranquilizó con afable bondad diciéndome que el almuerzo no seria hasta el mediodía, y que si me habia convidado para las diez era únicamente para tener mas tiempo de hablar conmigo, al mismo tiempo me propuso un paseo por el parque, yo respondí ofreciéndola mi brazo.

Anduvimos como unos cien pasos en silencio, yo lo rompí el primero.

—¿Teniais alguna cosa que decirme, señora duquesa?

—En verdad que si, respondió mirándome, queria hablar de Paris, ¿qué habia de nuevo cuando salisteis?

—Mucha sangre en las calles, muchos heridos en los hospitales, no bastantes prisiones y demasiados prisioneros (1).

(1) Estas líneas fueron escritas antes de la amnistía: no he querido borrarlas, porque de una re-



Valle de l'Arenenberg.

—¿Habeis visto los dias 5 y 6 de junio?

—Sí señora.

—Perdonadme, pero tal vez voy á ser muy indiscreta; por algunas palabras que os oí decir ayer, conocí que érais republicano.

Me sonreía.

—No os habeis equivocado, señora duquesa, y sin embargo, gracias al sentido y color que los periódicos del partido á que pertenezco y de quien participo todas las simpatías, aun que no todos sus sistemas, han hecho tomar á esta palabra, antes de aceptar la calificación que me dais os pediré el permiso de hacerlos una esposicion de mis principios. Esta profesion, dije, sería ridícula ante cualquiera otra muger, pero ante vos, señora duquesa, que como reina habeis oído tantas palabras austeras como espresiones frivolas en vuestra cualidad de muger, no tengo reparo, ni vacilo en deciros porque puntos toco al republicanismo social, y porque disidencia me alejo del republicanismo revolucionario.

—¿Entonces no estais de acuerdo entre vosotros?

—Nuestra esperanza es la misma, señora, pero los medios para alcanzarla son diferentes: algunos hay que hablan de cortar cabezas y repartir las propiedades; estos son locos é ignorantes. Os parecerá asombroso que para designarlos no me sirva de un término mas enérgico, pero es inútil, porque ni se les teme ni son de temer; se juzgan muy adelantados, y están atrasadísimos, pues datan de 1793 y estamos en 1832. El gobierno aparenta temerlos mucho, y sentiria que no existiesen, porque sus teorías son la aljaba de donde él saca sus armas: estos no son republicanos sino *republicueros*.

Otros hay que olvidan que la Francia es la hermana mayor de las naciones; que no se acuerdan que su pasado es rico en toda especie de recuerdos, y van á buscar entre las constituciones suiza, inglesa, y americana la mas á propósito á nuestro pais: estos son soñadores y utopistas. Consagrados enteramente á sus teorías de gabinete y en medio de sus imaginarias aplicaciones, no consideran que una constitucion no puede ser duradera sino en cuanto nace de la situacion geográfica del pueblo, y en cuanto es el resultado de su nacionalidad y es apropiada á sus costumbres. De ahí proviene que no habiendo en el mundo dos pueblos cuyas costumbres, nacionalidad y situacion geográfica sean idénticas, cuanto mas perfecta sea una constitucion, mas individual será tambien, y por consecuencia mas aplicable al pais en donde se ha formado, que á cualquiera otro sea el que fuere; los que esto hacen no son todavia republicanos sino *republicuistas*.

convencion que eran antes, se han convertido en un elogio. Es preciso dejar á cada cosa el carácter del tiempo en que se publica.

Otros hay que creen que una opinion consiste en un traje azul y grandes barbas, chaleco grande, enorme corbata con puntas, sombrero puntiagudo, y son los parodiadores y ladradores; escitan á los motines, pero se guardan de tomar parte en ellos, levantan barricadas y dejan que otros mueran en ellas, y comprometen á sus amigos, se ocultan por todas partes como si fuesen los comprometidos: estos tales no son tampoco republicanos, sino *republicuillos*.

Peró hay otros, señora, para quienes el honor de la Francia es una cosa santa, que ellos quieren conservar inmaculada, hombres para quienes una palabra dada es un juramento sagrado, que no pueden sufrir ver infringir al rey ni al pueblo, cuya vasta y noble fraternidad se estiende á toda nacion que sufre y á toda nacion que se despierta de un sueño; estos han ido á derramar su sangre en Bélgica, en Italia y en Polonia, y han vuelto para hacerse matar ó prender en el claustro de San Mery: estos, señora, son los puritanos y los mártires. Llegará un dia en que no solamente serán llamados los desterrados y se abrirán las cárceles á los cautivos, sino que tambien se buscarán los cadáveres de los que han muerto para levantarles sepuleros; toda la falta que se les puede atribuir es la de haberse adelantado á su época, y de haber nacido treinta años demasiado pronto: estos, señora, son los verdaderos republicanos.

—¿No tengo necesidad de preguntaros si perteneceis á estos últimos? me dijo la reina.

—Ah, señora, le respondí, no puedo lisonjearme del todo con este honor. Sin duda tengo por ellos todas mis simpatías; pero en vez de dejarme arrebatar por mis sentimientos, he apelado á la razon, y querido hacer en la política lo que Fausto en la ciencia; bajar y tocar el fondo. Un año entero he permanecido sumergido en los abismos de lo pasado, y si al principio tenia una opinion instintiva, he concluido por adquirir una convencion razonada. Vi que la revolucion de 1830 nos habia hecho dar un paso, pero conocí tambien que este paso nos habia llevado desde la monarquía aristocrática á la de los ricos, y que esta monarquía del dinero era un trámite que era preciso gastar antes de llegar á la magistratura popular. Desde entonces, señora, sin hacer nada para aproximarme al gobierno, del cual me habia alejado, he dejado de serle enemigo, y le miro tranquilamente seguir un período cuyo fin no veré yo probablemente. Aplaudo lo que hace de bueno, protesto contra lo que hace de malo, pero todo sin entusiasmo, sin odio. Ni lo acepto ni lo recuso, lo tolero: no lo miro como una dicha; pero lo creo una necesidad.

—Pero, á vuestro modo de entender, no es probable un cambio.

—No, señora.

—Sin embargo, ¿si el duque de Reischstad

(hijo de Napoleón) no hubiese muerto y hubiese hecho una tentativa?

—Hubiera salido mal: yo así lo creo al menos.

—Es verdad: olvidaba que, según vuestras opiniones republicanas, Napoleón no debió ser para ellos más que un tirano.

—Perdonad, señora, yo lo miro bajo otro punto de vista; en mi opinión, Napoleón fué uno de esos hombres elegidos desde el principio de los tiempos, los cuales reciben de Dios una misión providencial.

A estos hombres se los juzga, no según la voluntad humana que les hace obrar, sino según la voluntad divina que los inspira, no según la obra que han hecho, sino según el resultado que ha producido. Cumplida su misión, Dios los vuelve á llamar, creen morir, solo van á dar cuenta.

—¿Cuál era, pues, la misión del emperador en vuestro sentir?

—Una misión de libertad.

—¿Sabeis que, cualquiera que no fuese yo, os pediría pruebas de ello?

—Y os las daría á vos misma.

Cuando Napoleón, ó mas bien Bonaparte, apareció á nuestros padres, señora, la Francia salía no de una república sino de una revolución. En uno de sus accesos de fiebre política había adelantado tanto á las demás naciones que había roto el equilibrio del mundo; era preciso, pues, un Alejandro para aquel Bucéfalo; un Androcles para aquel león. El 13 de vendimiario los puso cara á cara: la revolución fué vencida. Los reyes que debieran haber reconocido un hermano en el cañon de la calle de Saint-Honoré, creyeron tener un enemigo en el dictador del 48 de brumario: tomaron por cónsul de una república al que era ya jefe de una monarquía, y los insensatos en vez de aprisionarle con una paz general le hicieron una guerra europea. Entonces Napoleón llamó á sí todo cuanto había de joven, valiente y entendido en Francia y lo derramó por el mundo. Hombre de reacción para nosotros se encontró serlo de progreso para los demás, y por doquier que pasó arrojó al viento el grano de las revoluciones. La Italia, la Prusia, la España, el Portugal, la Bélgica, la Rusia misma, han llamado despues sucesivamente á sus hijos á la sagrada siega, y él como un labrador cansado de su trabajo los ha mirado con los brazos cruzados desde la cima de su roca de Santa Elena. Allí tuvo una revelación de su misión divina, dejó caer de sus labios la profecía de una Europa republicana.

—¿Y creéis, repuso la reina, que si el duque de Reichstad no hubiese muerto, hubiera continuado la obra de su padre?

—A mi parecer, señora, hombres como Napoleón, no tienen padres ni hijos: nacen como meteoros en el crepúsculo de la mañana, atraviesan de uno á otro horizonte el cielo que iluminan y van á perderse en el crepúsculo de la tarde.

—¿Sabeis que lo que decís es poco consolador para aquellos de su familia que conserven alguna esperanza?

—Así es, señora, porque nosotros no le hemos dado un lugar en nuestro cielo, sino á condición de que no dejaria heredero en el mundo.

—Y sin embargo, ha legado su espada á su hijo.

—El don le ha sido fatal, señora, y Dios ha anulado el testamento.

—¡Oh! me asustais, porque su hijo la ha legado al mio.

—Será pesada de llevar á un simple oficial de la Confederación suiza.

—Si, teneis razón; porque esta espada es un cetro.

—Tened cuidado, señora, de estraviaros, mucho temo que no vivais en esa atmósfera halagüeña y embriagadora que llevan en pos de sí los desterrados. El tiempo que corre para los demás parece estar detenido para los proscritos. Siempre ven á los hombres y á las cosas del mismo modo que las dejaron, y sin embargo los hombres cambian de faz, y las cosas de aspecto: la generación que ha visto pasar á Napoleón de vuelta de la isla de Elba se extingue todos los días y aquella marcha milagrosa ya no es un recuerdo, sino un hecho histórico.

—Así creéis que no hay ya esperanza para la familia de Napoleón de volver á entrar en Francia.

—Si yo fuese el rey, la llamaria mañana.

—Yo no quiero decir de esta manera.

—Pues de otro modo tiene pocas probabilidades.

—¿Qué consejo dariais, pues, á un individuo de esta familia que soñase la resurrección de la gloria y del poder napoleónico?

—Le aconsejaria que despertase.

—¿Y si á pesar de este consejo, que para mí ver es el mejor, persistiese aun y os pidiese otro?

—Entonces, señora, le diria: que obtuviese se le levantase el destierro, comprase tierras en Francia, se hiciese elegir diputado, dispusiese por medio del talento de la mayoría de la cámara, y se sirviese de ella para derribar á Luis Felipe y hacerse elegir rey en su lugar (1).

—¿Y pensais, repuso la duquesa de Saint-Leu con melancolía, que cualquiera otro medio seria vano?

—Estoy convencido de ello.

La duquesa suspiró.

En aquel momento la campanilla llamaba al almuerzo, y nos dirigimos al castillo pensativos y silenciosos: durante toda la vuelta no me dirigió ni una palabra la duquesa; pero

(1) El éxito ha comprobado la exactitud del plan de Alejandro Dumas.—Luis Napoleón vuelve del destierro, es diputado, presidente de la república y emperador.

al llegar al umbral de la puerta, se paró y me dijo mirándose con una expresión indefinible de angustia:

—¿Hubiera querido que mi hijo hubiese estado aquí, y oído todo cuanto me acabais de decir!

CONTINUACIÓN Y DESENLACE DE LA HISTORIA DEL INGLÉS QUE HABÍA TOMADO UNA PALABRA POR OTRA.

Después de almorzar me despedí de la señora duquesa de Saint-Leu; encontré á Francesco en Steikborn á donde le había mandado de correo, y en donde me aguardaba ya con un carruaje: marchamos en seguida, sobre las ocho de la noche llegamos á la fonda de la Corona en Schaffausen.

El día siguiente me fui á pasear en cuanto me levanté, por la ciudad, y la primera cosa que se presentó á mis ojos en la plaza misma de la fonda, fué una estatua que representaba á un hombre del siglo XV, con el puño de la mano derecha cortado, circunstancia que, como se adivina, despertó inmediatamente mi curiosidad. Era evidente que á aquella mutilación debía de ir unida alguna leyenda. Buscaba con los ojos á alguno que pudiese ponerme al corriente de la historia particular del individuo representado, cuando descubri en el umbral de la posada á un mozo de la fonda fumando flemáticamente en su pipa de espuma de mar, hojas secas de cualquier yerba que le habían vendido por tabaco. Me fui á él, pensando que á nadie podía dirigirme mejor para saber por qué causa habían cortado la mano de aquel personaje, cuya biografía deseaba conocer. Mi mozo se quitó gravemente la pipa de la boca, estendió la mano con dirección á la estatua, y me respondió: la historia está escrita. Confiado en esta indicación, me volví hácia el manco, lo miré desde la cabeza á los pies, pero no vi la mas mínima línea caligráfica: creí que mi hombre había querido burlarse de mí, y me volví con intención de darle las gracias por su atención.

—Y bien, ¿habeis leído? me dijo mi hombre con la misma calma.

—¿Cómo queréis que lea si no hay escrito nada?

—¿Habeis mirado por detras?

—No.

—Pues bien, mirad.

Volví en busca de la inscripción, y dando vuelta al pedestal vi unas letras medio horra-

das; felizmente adiviné el resto leída la primera palabra; era este verso de Virgilio.

Auri sacra fames, quid non mortalia pectora cogis?

Era una hermosa sentencia cuya verdad reconocia; pero que podia aplicarse á tantas circunstancias, que nada me revelaba de lo que deseaba saber: así, pues, me dirigí de nuevo á mi hombre.

—¿Y bien! me dijo.

—Lo he leído.

—¿Estareis contento?

—No.

—¿No habeis encontrado una inscripción?

—Sin duda; pero no dice por qué tiene el puño cortado aquel hombre.

—Entonces, me dijo desdenosamente el cocinero, es que no sabeis latin!

De aquí no pude sacarle, de modo que á mi pesar tuve que contentarme con aquella respuesta, un poco humillante para un hombre que sabe el Virgilio de memoria.

Ademas, como al decir del mismo cicerone no habia otra cosa que ver en Schaffausen, volví á entrar en la fonda, de la que contaba marchar despues de mi desayuno. Aproveché el mozo este momento para traerme el libro de viajes, á fin de que escribiese en él mi nombre. Al fijar maquinalmente la vista en la última página, reconocí el nombre de sir Williams Blundel que habia pasado por allí hacia doce días. Mandé llamar al fondista desconfiando de la inteligencia del criado, para preguntarle acerca del inglés. La manera con que me habia dejado sir Williams en Zurich, me tenia algo inquieto; esos caracteres tímidos y concentrados, tienen tristezas tanto mas profundas en cuanto se parecen á la calma, y desesperaciones mas mortales porque no tienen gritos y lágrimas: resultando de esto que sus heridas sangran interiormente, y sofocan casi siempre la expansión de los dolores. Deseaba saber qué aspecto tenia mi compañero de viage, lo que habia hecho durante su estancia en Schaffausen, y por último qué camino habia tomado al marchar.

Entró el fondista: era un hombre gordo y al parecer de alegre humor. Sin embargo, por el pronto dió á su rostro tal expresión de dolor oficial que contrastaba con la fisonomía que le habia dado la naturaleza en un momento de hilaridad que pensé que me iba á anunciar alguna desgracia. En efecto, antes de que yo hubiese abierto la boca, me interrumpió diciendo: ¡Ah! señor! si yo hubiese sabido ayer vuestro nombre, me hubiera apresurado inmediatamente á entregarle la carta de su amigo. Al decir esto, mi huésped lanzó un suspiro que ni bien era sollozo ni bien hipo.

—¿De qué amigo? le dije?

—¡Oh! era un joven muy amable y muy completo si no hubiese tenido aquella locura!